

Los Borja: de la historia al mito

Joan Francesc Mira

Joan F. Mira es profesor de Filología Clásica en la Universitat Jaume I de Castelló, antropólogo y escritor. Recientemente ha publicado la novela *Borja Papa y Els Borja: família i mite*.

El lector contemporáneo, que tiene más o menos vivas en la mente las imágenes del jubileo romano del 2000, presididas por un papa como Juan Pablo II, tendría que hacer un esfuerzo para imaginarse aquella mañana de primeros de enero del 1500, cuando Lucrecia Borja salió de su palacio de Santa Maria in Portico, contiguo a la basílica de San Pedro y a los palacios del Vaticano, para ganar las indulgencias y perdones de aquel año santo. Recorrió las basílicas romanas rodeada de un brillante séquito de damas, caballeros, nobles y prelados, rezó las oraciones correspondientes, volvió a casa, y los peregrinos pudieron constatar que la hija del papa Alejandro VI, felizmente reinante, cumplía con devoción sus deberes religiosos. En aquel momento, Lucrecia era esposa del príncipe napolitano Alfonso de Aragón, y su hermano César había dejado el cardenalato para casarse con Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, y comenzar con éxito su carrera militar. En cuanto a sus otros hermanos, Juan (duque de Gandía y esposo de una prima de Fernando el Católico) había sido asesinado misteriosamente tres años antes cuando era capitán general de los ejércitos papales, y el pequeño Jofré estaba casado con Sancha, otra princesa de Nápoles. Excepto por la trágica muerte de su hijo Juan, el papa Alejandro VI podía estar satisfecho de sus ocho años de pontificado: su poder y su familia parecían sólidamente consolidados, sus proyectos de dominio sobre el centro de Italia iban por buen camino tanto en lo militar como en lo político, su linaje era titular del más importante ducado del reino de Valencia, y su yerno y sus nueras eran miembros de casas soberanas. Eran cosas que un muchacho de Xàtiva, nacido casi setenta años atrás en una casa de simples caballeros, no hubiera podido soñar ni en la más encendida de sus fantasías.

La historia antes que el mito

La historia de más de cien años de familia Borja es, sin leyenda ni mito, una peripecia que sería difícilmente imaginable si no fuera del todo real. Es la historia de una familia de la pequeña aristocracia valenciana que en menos de medio siglo da dos papas y casi una docena de cardenales a la Iglesia romana, y que ocupa durante largos años el centro del poder de la misma Iglesia —que es como decir el centro de la Roma, la Italia y la Europa renacentistas. Que casa a sus hijos en familias reinantes, hace tambalearse los cimientos de los antiguos barones romanos, y se convierte en protagonista de las luchas por un poder nuevo en Italia. Que da origen a un cúmulo de infamias como jamás ha vuelto a conocer el papado, y más tarde cierra el increíble círculo produciendo un santo de primera magnitud, general de la Compañía de Jesús en plena Contrarreforma. Por unir desde el principio la peripecia histórica y su propia mitificación, vale la pena recordar una pequeña leyenda inicial, según la cual un día de comienzos del siglo xv fray Vicente Ferrer —otra biografía que atraviesa con frecuencia el terreno entre la historia y la leyenda— predicaba en la catedral de Lérida, y un joven clérigo y jurista, natural de la ciudad de Xàtiva, se entusiasmó ante el sermón del dominico, y éste lo vió, lo llamó y parece que le dijo: «Tu serás papa, y a mí me harás santo». La anécdota tiene un aire perfectamente ingenuo y retrospectivo, pero el caso es que Alfons de Borja, ya anciano, la contaba

como verdadera: y la prueba era que, en efecto, ¡él llegó a papa con el nombre de Calixto III, y promovió la canonización del célebre taumaturgo valenciano! En cualquier caso, el ascenso de Alfons de Borja no se debió a su hipotético encuentro con el futuro santo, sino a una curiosa carambola histórica: el canónigo Borja, doctor en ambos derechos, era un canonista experto y reputado, y el rey Alfonso el Magnánimo le encargó que liquidara con el menor escándalo posible los últimos restos del Cisma de Occidente, es decir el reducto de Peníscola con el «papa» rebelde sucesor de Benedicto XIII, y el jurista de Xàtiva cumplió a la perfección. El antipapa abdicó más o menos solemnemente de su condición, sus cardenales «eligieron» al papa ya reinante –un Orsini, por cierto, familia que después sería implacablemente hostil al poder borgiano– y Alfons de Borja fué nombrado obispo de Valencia como premio a su brillante diplomacia. Y así entró en la «gran historia» un nombre que había de convertirse en referencia universal. Entró cerrando, simbólicamente, la herida que había dividido en dos –o en tres– la cristiandad occidental durante muchos años. Y entró también como parte de la gran aventura catalano-aragonesa, y singularmente valenciana, en las tierras de Italia. Sin el contexto de esta aventura «nacional», la peripecia singular de los Borja difícilmente hubiera sido posible.

Pocos años después de aquel final simbólico del cisma, el obispo de Valencia, instalado en Nápoles como consejero del rey Alfonso el Magnánimo, intervino de manera decisiva en las negociaciones con el papa, reacio a reconocer los derechos del nuevo rey a la corona napolitana. El resultado fue la paz, como premio de la cual el obispo valenciano era nombrado cardenal y se instalaba en Roma, en la iglesia y convento de los Santi Quattro Coronati, dominando el gran panorama del Coliseo, el arco de Tito y los antiguos y desolados campos de ruinas. El cardenal Borja llamó a sus sobrinos de Valencia, los envió a estudiar leyes a Bolonia, y en el cónclave de 1455 consiguió muy hábilmente ser elegido papa. Tenía ya setenta y siete años, pero le sobraron energías para organizar la defensa de Belgrado contra los turcos de Mehmet II, el conquistador de Constantinopla. Aquella defensa de Belgrado, hoy olvidada, fue tan importante para detener el avance del imperio otomano por tierra como, poco más de un siglo más tarde, sería la batalla de Lepanto para detenerlo por mar. Y sin embargo, un hecho histórico de tal magnitud no ha entrado para nada en la leyenda de los Borja. Le sobraron también arrestos, al viejo papa enfermo, para enemistarse con casi todo el mundo, comenzando por el mismo Alfonso el Magnánimo, y para nombrar cardenales a dos sobrinos y capitán general a otro, y llenar Roma de compatriotas suyos más o menos aventureros: más de trescientos *catalani* registrados, con nombre y ocupación, en un pontificado de apenas tres años. Calixto III murió en el verano de 1458, y los *catalani* tuvieron que huir a la desbandada y abandonar palacios y prebendas. Pero su sobrino Rodrigo de Borja, nacido también en Xàtiva, cardenal y vicescanciller de la Iglesia a los veinticinco años, supo guardar la calma y aprovechar perfectamente su posición de jefe administrativo de la curia romana. A lo largo de sucesivos pontificados Rodrigo fue ganando influencia personal en la curia y en Roma, aumentó sus rentas, su riqueza y sus títulos eclesiásticos, tuvo más de media docena de hijos (tener algún hijo no era cosa nada extraña entre los preladados de la época, aunque el cardenal Borja resultó especialmente prolífico), y llegó a convertirse en el miembro más influyente y poderoso del colegio cardenalicio. Y a los sesenta años, en el cónclave del verano de 1492, consiguió ser él mismo elegido papa: con buenas o malas artes, con alianzas entre «partidos» y con promesas de reparto de sus incontables prebendas, entre las cuales figuraban las rentas de casi una veintena de arzobispados y obispados y un buen puñado de ricas abadías. Ya por aquellos días hubo quien vió por las calles de Roma mulas cargadas de cofres llenos de plata en dirección a las casas de los cardenales que votaron por Rodrigo Borja. Es un

hecho cierto que aquel conclave, como tantos otros antes y algunos después, tuvo su considerable componente simoníaco. También es un hecho que la fantasía y la leyenda comenzaron a ponerse en marcha desde aquel mismo momento.

Evidentemente, lo primero que hizo el nuevo papa fue nombrar cardenales a varios sobrinos y poner a miembros de su familia o de su entorno como capitanes de tropas y castillos. Era «normal», y el *nepotismo* en el entorno papal –práctica reconocida y habitual, y que duró hasta bien entrado el siglo XIX– significaba una garantía de lealtad para el pontífice, que en definitiva era un monarca sin dinastía y sin fidelidades políticas aseguradas. Lo que no era tan habitual es que el papa nombrara a un hijo suyo cardenal y a otro hijo capitán general de los ejércitos pontificios. Y que tuviera que calcular alianzas políticas y dinásticas para conseguir los matrimonios más ventajosos para su propia y numerosa prole. Mucho menos «normal» era que el protagonista de este fulgurante ascenso no fuera un linaje romano, ni siquiera italiano, sino una familia extranjera. Era algo que no tenía precedentes en Roma, y que de hecho jamás se ha vuelto a producir en la historia de la Iglesia: una aventura irrepetible y única, con leyenda o sin leyenda.

De la historia al mito: una leyenda especialmente negra

Las grandes narraciones históricas son todavía más fascinantes cuando coinciden con momentos de cambio intenso, o con años o fechas de valor emblemático, y ahora que

ya se acaba el año santo del 2000, cinco siglos después del jubileo del 1500 presidido por un papa valenciano y por sus hijos, y por los cardenales de la familia que constituían ellos solos una buena parte del sagrado colegio, es ocasión perfecta para recordar cómo aquel linaje prodigioso pasó de la historia al mito y de la gloria a la infamia. Poco después de aquel año, a finales de 1501, Johannes Burchard, maestro de ceremonias de Alejandro VI, transcribía en su célebre diario una supuesta carta al noble Silvio Savelli llena de las más feroces acusaciones contra el pontífice reinante. Burchard era un canónigo alemán, de Estrasburgo, profundamente hostil al papa Borja y a su familia, y su minucioso diario está lleno de noticias, reales o deformadas, que han contribuido poderosamente a «documentar» muchos aspectos negativos o turbios de la historia borgiana. La carta en cuestión debió ser escrita por algún miembro de la poderosa familia Colonna –víctima reciente de las confiscaciones papales–, con la intención de que llegara a las manos del emperador Maximiliano y de otros soberanos de Europa, como medio para debilitar el crédito y la posición del pontífice, e impedir así las maniobras políticas y militares de los Borja que pretendían imponer un poder nuevo en Roma y en Italia. En el latín elegante de la misiva, el papa Alejandro aparece como la perfecta encarnación del Anticristo, seguidor de Mahoma, judío sin convertir, enemigo de Dios y de los cristianos, y encarnación viviente del demonio y de todos los pecados. «Es imposible imaginar un enemigo más declarado de Dios que este papa; la menor de sus faltas es traficar con los bienes de la Iglesia», dice la carta. Y, como todo el mundo sabe, los palacios apostólicos son escenario de asesinatos, violaciones, incestos, orgías y tratos infames con jovencitos y doncellas. Los ataques contra César son igualmente violentos: «César es el amo absoluto. Puede satisfacer a su gusto todas las pasiones. Vive rodeado de prostitutas al modo de los turcos, guardado por sus soldados armados. Por orden suya las personas son asesinadas, heridas, lanzadas al Tíber, envenenadas, arruinadas. Esta gente tiene sed de sangre humana.»

Pero sobre todo, los Borja tienen sed de poder, de dominio, de pasar todo el país a sangre y fuego, de repartir a los hijos y nietos incestuosos del papa los señoríos confiscados a los barones, añade el autor anónimo. Ésta era la cuestión, y ésta es la razón verdadera de la misiva infa-

mante: los barones romanos, amenazados por el poder creciente de la familia papal, reaccionan violentamente con el arma del panfleto. La circulación de escritos contra el papa y su familia no era ninguna novedad, y Alejandro VI no solía hacer mucho caso, y nunca se preocupó por conocer o castigar a sus autores. De hecho, ya en los años anteriores había sido objeto de todo tipo de versos satíricos por su relación pública con la joven Giulia Farnese, y sus reales o supuestas aventuras femeninas, y las venturas y desventuras de sus hijos, eran materia de epigramas, de pasquines en las paredes y de rumores salidos de los palacios romanos. El divorcio de Lucrecia ya dió pie a todo tipo de insidias, cuando el marido rechazado y humillado, primo de los duques Sforza de Milán, atribuyó al papa unas vagas relaciones incestuosas con su propia hija: «el papa me quita a Lucrecia porque la quiere para él», escribió más o menos a sus parientes, y la idea del incesto comenzó a circular ya desde entonces. En todo caso, la nobleza italiana no era demasiado delicada a la hora de poner en circulación noticias reales o inventadas sobre crímenes familiares, adulterios, hijos bastardos, venenos y puñales, y otras delicias de la vida renacentista. Historias que, sazonadas con un poco de lujuria desbocada, banquetes fastuosos y traidores, y algo de brujería y de presencia de demonios, son materia común de la crónica de las cortes italianas de la época, y de algún cuadro famoso. El comportamiento de los Borja de Roma, en definitiva, no era diferente de los Este de Ferrara, antiguo y prestigioso linaje en el cual –desde los tiempos en que aparecen citados en la *Comedia* de Dante como ejemplo de ferocidad– los herederos bastardos fueron siempre más abundantes que los legítimos, y no hubo generación sin algún crimen insigne entre los miembros de la familia, esposos o hermanos. Ni era tan diferente de los Aragón de Nápoles, los Sforza de Milán o los Médici de Florencia. Si hubo alguna diferencia de grado, fue más bien a favor de la familia valenciana: la crueldad de un Ferrante de Nápoles que invitaba a cenar a los nobles rebeldes y luego los mandaba matar y los instalaba, convenientemente disecados, *impagliati*, en el mismo salón del banquete, era algo inimaginable para Alejandro VI. Y si es cierto que el papa Borja repartió capelos cardenalicios y obispados entre una buena docena de parientes, su antecesor Sixto IV della Rovere había hecho lo mismo no con diez o doce sobrinos, sino con veinticinco.

Valgan lo que valgan las comparaciones, el hecho es que algunas aventuras femeninas del papa Alejandro y de sus hijos son del todo ciertas, algunos asesinatos también (no por medio del veneno de la leyenda, que era inseguro, sinó más bien con cuerda o con espada), como la muerte del segundo marido de Lucrecia, Alfonso de Aragón, por orden de César y en las mismas estancias vaticanas: un odioso asesinato político, como medio brutal para romper la alianza de los Borja con Nápoles y facilitar los tratos de César con el rey de Francia. También es cierta el ansia de poder, creciente en los últimos años del pontificado de Alejandro VI, y sin precedentes –seguramente por falta de ocasión– entre los pontificados anteriores, pero mucho más intensa todavía en tiempos de su sucesor Julio II. Es cierta la embrollada política matrimonial, que tuvo como principal instrumento a Lucrecia, sucesivamente casada, divorciada, vuelta a casar, viuda por asesinato, y vuelta a casar por tercera vez. Y es cierta la recaudación forzada de dinero, el engaño como arma política, y una cierta medida de violencia con el acompañamiento inevitable de más de un «crimen de estado». La realidad, en cualquier caso, es que, en materia de intrigas, mujeres, muertes, o hijos complicados, los Borja de Roma a finales del siglo xv y primeros años del xvi no son excepcionales al lado de otros linajes y cortes de la Europa de su tiempo. El «problema» es que, en su caso, no se trata de un linaje noble o soberano y, lógicamente, *secular*, sino que se trata de la familia inmediata del papa de Roma, sucesor de San Pedro; y su corte no es la de cualquier señor o monarca, sino que es la del Sumo Pontífice, Vicario de Cristo: es una gran diferencia, a la hora de «valorar» o de

poner en perspectiva unos comportamientos que no por ser comunes dejan de ser –tratándose del papa y de sus hijos– percibidos como absolutamente singulares. Tan singulares como para convertirse en materia de leyenda.

Pero la leyenda no hubiera aparecido y circulado, o al menos no con los tintes tan negros e infamantes, si no hubiese habido *alguien* especialmente interesado en ello, y en primer lugar los barones romanos, las grandes familias que habían controlado hasta entonces no sólo la ciudad y los territorios que la rodean, sino el colegio cardenalicio y la misma sede pontificia. Toda la documentación conocida –diarios y dietarios, cartas, informes de embajadores, etcétera– coincide en un hecho sintomático: la hostilidad creciente de la nobleza romana, y de los señores autónomos de los territorios pontificios, contra la política de Alejandro VI encaminada a minar el poder de los barones, recuperar para la autoridad papal las ciudades y territorios perdidos ...y formar, de paso, nuevos señoríos y dominios para sus propios descendientes. Los proyectos de restauración del poder papal fueron, con frecuencia, paralelos al proyecto de instauración de un nuevo poder para el linaje Borja, en la persona sobre todo de César, pero también en la de los nietos del papa –hijos de Lucrecia–, titulares de nuevos ducados, como los de Nepi y Camerino, creados sobre los bienes confiscados a las grandes familias –Orsini, Caetani, Colonna, Conti, Savelli– de la antigua nobleza romana. Y, ciertamente, era más visible el proyecto familiar que los beneficios políticos, a corto o a medio plazo, para la autoridad papal y la estabilidad de los estados pontificios. No es de extrañar, por tanto, que los palacios de la nobleza romana, que a su vez incluía un buen puñado de cardenales, fueran los focos más activos de una propaganda infamante, dirigida a debilitar en lo posible la posición y la capacidad de acción del pontífice, y en todo caso dirigida también a la venganza. A ello se añadió, más adelante, el hecho de que la propaganda antipapal del naciente protestantismo aprovechara y aumentara al máximo los materiales antiborgianos surgidos en la misma Roma. En este terreno, pues, los Borja –y en primer término el papa Alejandro VI y su hijo César, auténticos protagonistas activos y centrales tanto de la historia como de la leyenda– fueron sobre todo los enemigos de los grandes barones romanos, quisieron derribar los viejos poderes establecidos, y pagaron por ello un precio desproporcionado: convertirse en emblema de todos los pecados de una «Roma corrupta» y llegar a ser el símbolo visible de los excesos más bajos y extremos del papado renacentista. Pasión por el oro y el poder, venenos y asesinatos, incesto, lujuria, orgías vaticanas, y una dosis abundante de brujería, magia negra y presencia de los poderes infernales: la receta habitual de leyendas negrísimas y de todo tipo de narraciones del género. Nada de original, nada de nuevo. Pero les tocó a los Borja ser sus representantes en la categoría más alta y más infausta: en la leyenda, el papa Alejandro VI vendió su alma a Lucifer con pacto clásico, tuvo todo el poder, todos los placeres, y cuando murió muchos romanos «vieron» como los demonios voladores se lo llevaban al infierno directamente desde la basílica de San Pedro. Los romanos, en materia de prodigios y de papas, habían visto muchas cosas en su historia. Pero una cosa así no la habían visto antes, y no la han vuelto a ver después.

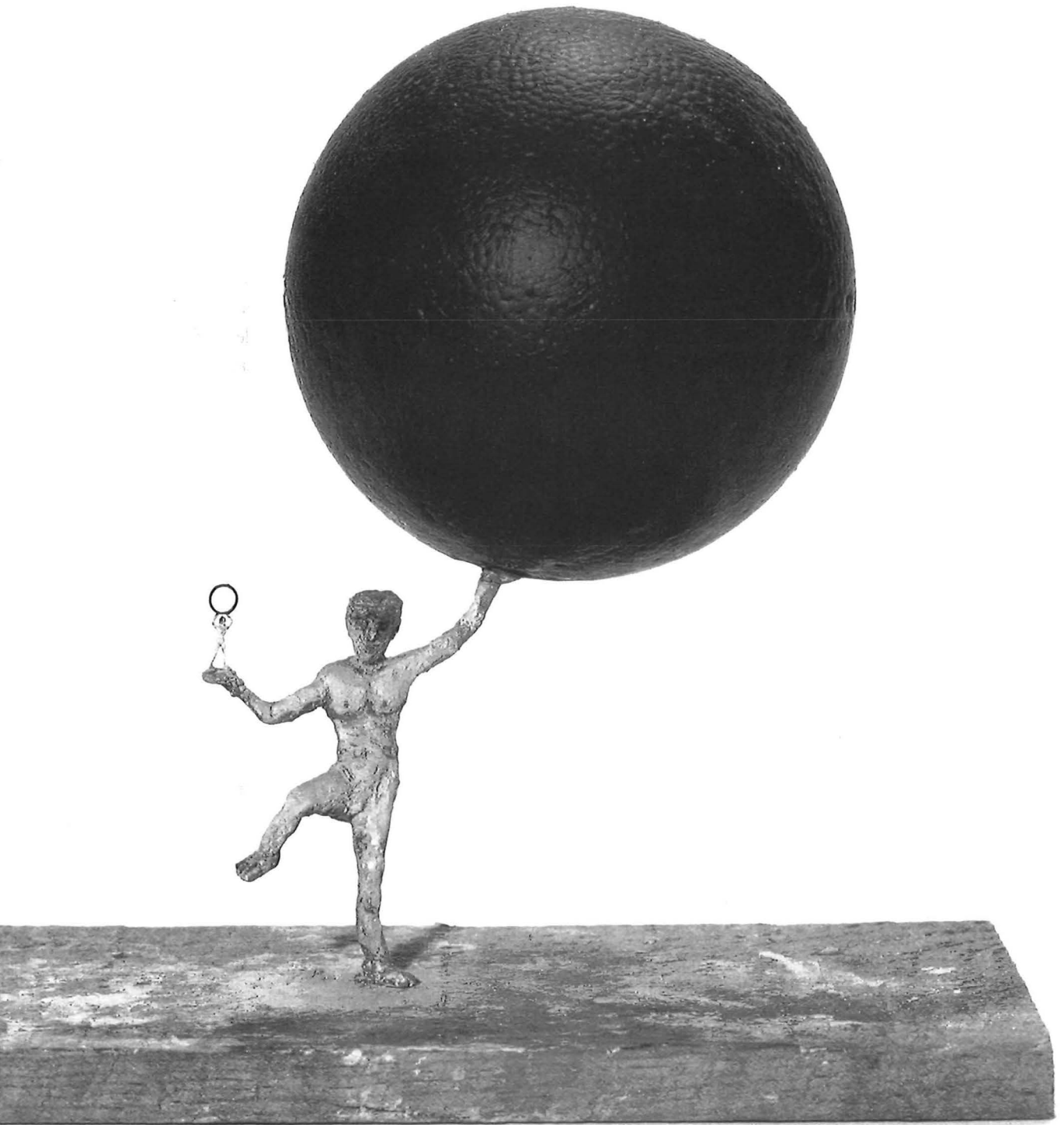
En cuanto a César Borja, después de haber conquistado parte de la Italia central, después de ser proclamado duque de Romagna, duque de Valentinois y «primo» del rey de Francia, después de inspirar al propio Niccolò Machiavelli algunas ideas nuevas sobre el ejercicio del poder militar y político, vió como su gran proyecto se venía abajo a la muerte de su padre el papa. Fue detenido por el nuevo pontífice Julio II (que no era otro que Giuliano della Rovere, sobrino de Sixto IV y gran enemigo de los Borja), fue prisionero de Fernando el Católico en Chinchilla y en el castillo de la Mota, escapó a Navarra, y acabó muerto en el sitio de Viana, en 1507, combatiendo a favor de

su cuñado el rey Juan de Albret: un final propio de un héroe arquetípico del Renacimiento, y casi de un héroe de tragedia romántica. Su hermana Lucrecia, casada por tercera vez en 1502, terminó pacíficamente sus días como duquesa de Ferrara, una de las cortes renacentistas más refinadas de Europa: un final de madre piadosa y prolífica, después de haber encarnado tantas turbulencias familiares dentro y fuera de los muros del Vaticano.

Final feliz: En agosto 1503, en el momento de la muerte de Alejandro VI (no envenenado, como sostiene la leyenda, sino muy probablemente de malaria), nadie podía imaginar que antes de acabar el siglo un descendiente directo suyo, Francisco de Borja, habría de ser a su vez objeto de una leyenda tan blanca y dorada como infernal y obscura había sido la de su bisabuelo. Juan de Borja, hijo de Alejandro VI, tomó posesión del ducado de Gandía que le había comprado su padre, tuvo un heredero, volvió a Roma, y fué asesinado en 1497 en una oscura trama nocturna, seguramente obra de los Orsini, que acabó con su cadáver en el fondo del Tíber. Su nieto el duque Francisco de Borja fué hombre de confianza del emperador Carlos V, y cuenta la historia piadosa que, cuando acompañaba a Granada el cadáver de la emperatriz, decidió servir solamente a Dios, al ver cómo acaban las grandezas humanas. Cuando quedó viudo –viudo y con muchos hijos: los Borja fueron gente de prole abundante– entró en la recién fundada Compañía de Jesús, y fue el tercer general de la orden y gran impulsor de la actividad misionera, de la fundación de colegios y universidades, y de la reforma de la Iglesia animada por el concilio de Trento. En sus años romanos Francisco de Borja, por supuesto, nunca quiso saber nada de su bisabuelo papa. Y no sabemos qué pensaba de su contemporáneo Pablo III, el papa que convocó el concilio de Trento, aprobó la constitución de la Compañía de Jesús, e inició la reforma de la Iglesia: Pablo III no era otro que Alessandro Farnese, elevado muy joven al cardenalato –al mismo tiempo que César Borja– por el mérito de ser hermano de la *bella Giulia*, que en los palacios romanos era llamada *sponsa Christi* o, sin más circunloquios, «la concubina del papa». El biznieta de Alejandro VI murió en 1572 y fue canonizado solemnemente un siglo más tarde. Y ni la más ardiente fantasía hubiera cerrado con mejor y más inesperado broche aquella larga historia irreplicable. Algunos siglos después, sin papas como aquellos, sin duquesas, cardenales, demonios y santos como aquellos, las leyendas son mucho más banales y los mitos de nuestro tiempo, cantantes o deportistas, nacen y crecen fuera de la Iglesia y fuera de la alta política.

Martial Raysse
Hercule della Quercia, 1980







Dibujo de Saul Steinberg.
De *The New World* (Harper & Row)